

PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 0

Índice

Hablando por escrito 4

Ritmos

| | |
|-------------------------|----|
| Starbucks | 7 |
| Silencio de cal y acero | 8 |
| Liturgia | 10 |
| Mujer ventana | 12 |
| El tejido | 14 |
| Permítanme crear | 16 |
| De agua | 18 |
| Un piano se acerca | 19 |

Firmas

| | |
|--|----|
| Posesión | 20 |
| Cenizas | 23 |
| Coba Palomar | 28 |
| Egos & Genios | 36 |
| Juramento | 38 |
| En el andén... | 42 |
| El clavo de fuego | 44 |
| La verdadera enfermedad de los zombies | 50 |
| El guardia | 52 |

Imaginario

Daniela Fischer Durán 56

Misaki Matsuda 58

Santiago Delgado 62

Legal

64

Pensamientos

(contraportada)

Hablando por escrito

Tiembla la mano. ¿Cómo no? ¿Cómo no van a palpar los dedos si al dejarlos avanzar se abren caminos hacia espacios todavía por descubrir? Hablar por escrito es tender los brazos al aire con la esperanza de que alguien corresponda el abrazo. Es dar tiempo al segundero, con paciencia, a que la invitación sea aceptada. Al tejer renglones y entrelazar palabras, abrimos una ventana e invitamos a ver. Detrás de esa cortina se puede ver a alguien sentado ante la mesa del desayuno, viajando en globo, subiendo un tramo de escalera, bajando a mil leguas de viaje submarino, manejando rumbo al trabajo, entrando a la boca del Leviatán o lavándose las manos en el lavabo. Al entrar en la lectura, conocemos al hombre de la armadura que va sobre Rocinante cruzando aquel lugar de la Mancha, despertamos siendo insectos, abordamos la balsa de Caronte o subimos de la mano de Beatriz al Cielo, nos ponemos en camino de Comala porque le dijeron que ahí vivía su padre.

“Leemos para sentir esa alegría, ese placer de buscar el centro, para especular sobre los detalles reales y para preguntarnos cuáles son imaginados”, le dijo Orhan Pamuk a los estudiantes de la Universidad de Harvard mientras estuvo a cargo del seminario Charles Eliot Norton. En cierto modo, al leer nos adentramos en un mundo de espejos, en el que el escritor plasma imágenes que se verán reflejadas en la fantasía del lector.

Hablar por escrito es picar la curiosidad del lector para que vea un mundo particular a través de la mirada, el pensamiento y el corazón de los personajes puestos en escena. Al asomarse a ver, valoramos su punto de vista, acordamos o discrepamos, sentimos. Encontramos una proximidad que ejerce un artificio irresistible. Por eso, metemos la nariz entre las pastas de los libros y nos echamos a volar.

“Necesitamos historias, porque una historia en sí misma es algo maravilloso y excelente, exige frases, farsas, melodramas y canciones

cómicas”, dijo G.K. Chesterton en *Sobre la mente ausente*. Sí, supongo que los escritores hablamos por escrito para dejar pasadizos que nos lleven a lugares donde se viven experiencias fantásticas. Sembramos pistas que conduzcan a la puerta abierta para que alguien, picado en la curiosidad, entre y vea.

Contar.

Liberar letras.

Leer.

Llegar al otro lado.

Desde que se encontró un antiguo papiro en el que se representa a Thot extrayendo símbolos del retrato de los dioses, la escritura aparece como la imagen y representación del vínculo entre lo Alto y el Hombre. Los egipcios fueron los primeros en darnos indicios de esa concepción, pero no los únicos. Los musulmanes creen que las letras del alfabeto son elementos del cuerpo de Dios. En la India, Sarasvati, la shakti de Brahma es el flujo de letras. La guirlanda de los cincuenta signos que le adorna la cabeza es un signo de la evolución del Hombre, representada por el abecedario. Para la tradición judeocristiana, el Verbo es la semejanza de Dios.

“Necesitamos historias”, como dice Chesterton, porque salimos al mundo a enfrentarnos con una cotidianidad que ya conocemos. Sin embargo, es muy gratificante entrar a un universo en el que somos totalmente inocentes y del que no conocemos nada. Abrimos los forros de un libro como se aparta la cortina de una ventana para descubrir lo que pasa ahí dentro, para entender que muchas cosas las habríamos hecho como el personaje, y que otras las resuelto de manera tan distinta.

Pero leer también es un impulso frugal. También es un reflejo primitivo, como el de un niño que come chocolates con

entusiasmo o un campesino que se sienta a la vera del camino a almorzar con apetito después de trabajar la tierra. Pasar las hojas resulta tan placentero como morder un pedazo de queso de rancho y tan revigorizante como una copa de vino tinto. Requerimos, como dice Dickens la felicidad: un lugar donde la vida se sienta más grande, donde el eco de una voz ficticia resuene en las paredes de mi habitación.

Por eso tiembla la mano. Porque quiero invitarte a leer, a que escuches mi voz y la de todos los que en estas páginas nos hemos atrevido a hablar por escrito. Porque quiero que te sientes en la cabecera en este banquete y estés a gusto. Advierto, como cualquier lugar habitable, aquí encontrarás un poco de desorden, algo de polvo que nos introduzca a mundos tan concretos como el barro, tan triviales como una taza de café, tan profundos como esa silenciosa presencia que acompaña al Hombre y hace su vida mejor.

Pero tengo mejor argumento a favor de hablar por escrito. Es divertido y provoca diversión. Los mundos abstractos, de cualquier tipo, sean los que representen la vida de un modo peligroso o que sorprendan por la forma lánguida de vivir, son entretenidos. Así entendemos que la lectura es una conversación, yo hablo por escrito, tú escuchas y ves el reflejo de las palabras que se alumbran en la mente. Así cerramos el círculo de la comunicación, así los brazos que se tienden al aire, sienten el abrazo correspondido.

¡Bienvenidos!

Starbucks

Un café ya no puede pedirse
como antes: causa vértigo
tanta opción de aderezos
y azúcares, de cremas
y sucedáneos inauditos.

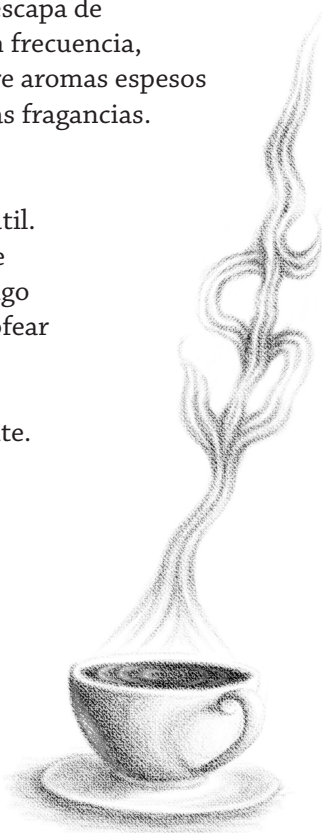
La gente se escapa de
sí misma con frecuencia,
volando entre aromas espesos
de espantosas fragancias.

Además es más caro,
más frívolo y más inútil.
No es ya la ocasión de
conversar con un amigo
sino la pausa para blofear
interminablemente
en una terraza como
mascotas de escaparate.

La gente se sienta a decir
las mismas cosas de siempre
el mayor tiempo posible,
consume calorías que luego
elimina en el gimnasio
y piensa en sí misma
más de lo debido.

El café libera sin escrúpulos
la libélula de las horas
y el día se desbarata
entre cenizas.

Enrique Héctor González.



Silencio de cal y acero

Nos puebla la certeza,
el sufrimiento de la tormenta que no arrecia,
la angustia de escarbarte con las manos,
arrancarte a dentelladas tu alma plañidera.

Abrazarte, desamordazar las penas que te queman,
el musgo que corona tu pétrea cabellera,
el manto homicida que vela la vista,
tallada, escondida, presa de una lágrima cautiva.

Habitas un erial de tierra yerma,
la siembra del sosiego dado por la vida,
la muerte que es tu obra (¡Memento mori!),
olvidan
que tu nombre es el cantar,
que tus ropas son señales,
la plegaria una condena que tu esencia no respeta.

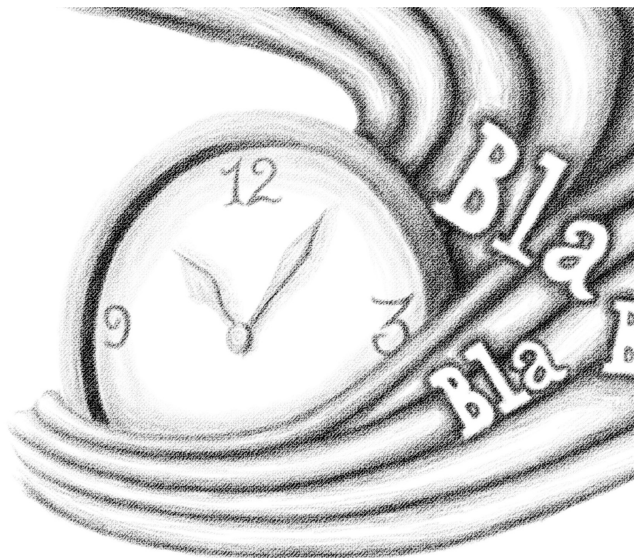
El óxido recorre los surcos de los siglos,
siglos de condena,
son tu estela, son tu herencia,
en tu dorso una guadaña, un epitafio que clama ¡dama de llama y tiniebla!
de hueso y pavesa,
te has perdido en el tiempo,
el acero reclama una entrega de plasma y entrañas,
olvida que tus llantos sólo existen a mis ganas.

¿Tan sola estas alma mía?
¿Tanto duele el sueño sin reposo,
El foso sin mención?

A ti, un ramo sin espinas y un remiendo al corazón,
seré tu voz amor.

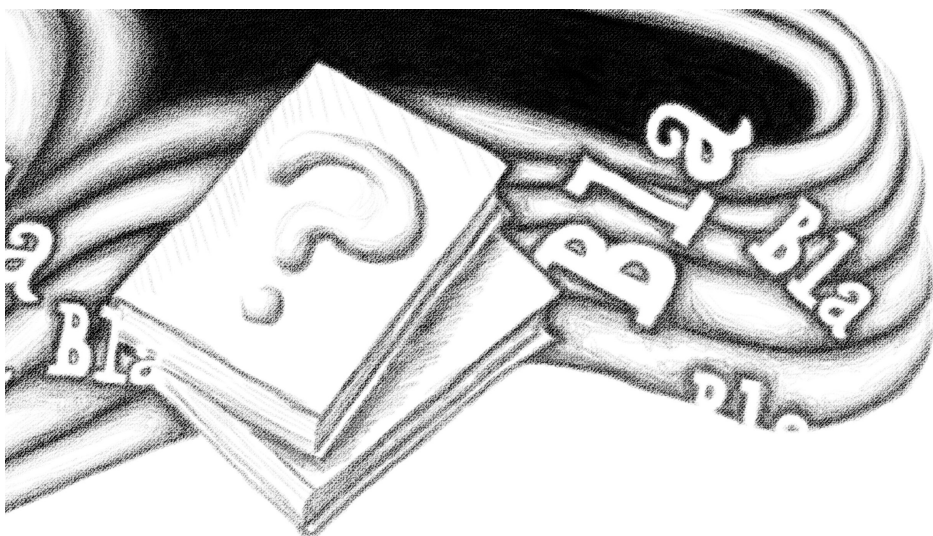
Elena Espada

Liturgia



Frente a los veinte minutos
que prescribe la publicidad,
opongo la lectura espesa,
sublime en su ancha verdad aromática,
la que no se detiene a ver qué aprendió,
la que se interrumpe sólo para mear.

Frente a tanto afiche con fantoches
de todo tipo que presumen leer libros
inexistentes (las tres estrellas del Barça
asomándose a un mamotreto
de pasta dura y sin diseño editorial
como sus cabezas), la lectura
que lentamente se deletrea
con un café cargado de designios
ignotos y que no se abandona jamás
–ya no digamos a la media hora
como una rutina en la bicicleta fija.



Frente a la caricatura de esos carteles
donde la lectura es instructiva y peligrosa
(tanto así que suele ser más de uno
quien mira el libro desde lejos
idiotamente asombrado,
alegremente perplejo),
la verdadera imagen de un lector,
la indefinible voz que no se harta
a los mil doscientos segundos para decir:
lo sé todo, qué maravilla, probaré
hacerlo más seguido, digamos, dos veces
a la semana para ver si así –Rulfo al habla–
se me quita lo hepático, sino aquella
de un ente moribundo, hechizado,
hipnótico, ajeno a la inmundicia
mendacidad de las manecillas,
dispuesto a no salir al mundo de
afuera al primer timbrazo del celular.

Enrique Héctor González

Mujer ventana

Mujer ventana
para mirar afuera,
para mirar adentro,
para saltar 30 pisos,
para volar a ti
Para pasear la cornisa
de tu desnudez dormida
y cantar la mañana
de tu baño con luz

Mujer ventana
para ser tu espía,
tu nido en la rama
que te toca
sólo un poco
y sólo cuando
se mueve el viento
Mujer ventana

para ser pretil, cortina,
vidrio de tu apertura
discreta y lenta
al chorro helado de brisa,

apertura de tu vidrio
al encuentro indispensable
cuando eres mujer ventana
y absolutamente todo
quiere ser rayo de sol.

Yamil Narchi Sadek

El tejido

Cuando abrió el rojo telón
de tus diecinueve años
te revelaste tejiendo
en centro-centro
del escenario
un pequeño ropón blanco.

Hilabas la luz
que lanzaban a escena
antes de que te rodeara el cuello
y la boca.

Hablabas.

Tres actos decenios fuiste
estrella grandilocuente
madre tuya tu hermana
protagonista comparsa
desprotegida víctima
paladín tejedora blanca.





La mancha aséptica
crecía a tu alrededor
desde el centro en
que construías
la escenografía sombra
de tu actuación magistral

El calor de la luz
el monólogo interminable
te fueron doblando

Te halló
el escenario cubierto
del ropón estéril
hincada en el centro.

El tejido iluminó la escena
en que dejarías a medias
tu caravana
ante los aplausos.

Yamil Narchi Sadek

Permítanme crear

...el silencio
los huecos entre metáforas
las rendijas de la luz

las cerraduras abiertas
de las puertas cerradas

las ventanas en la pared
del gruñido a ciudad.

No quiero el poema hoy.
Sé que se me niega
el poema verdadero.

Sólo quiero encontrar sus
puntuaciones:
sus comas, los momentos

en que se ahogó
la imaginación
y se hizo

entre sombra y sombra
un haz reluciente
en el bullicio blanco
del papel.

Yamil Narchi Sadek

Ritmos

17

De agua

De agua suenan

el río más alto de mi oído

de agua y espuma
contra la orilla
las piedras
los peces
las sombras y luces
del piano

tus dedos
de agua

Yamil Narchi Sadek

Un piano se acerca

...acechando entre las notas.

Creo que va a saltar.

Pero los pianos no saltan.

Exhiben sus rayas majestuosas de fiera,
sueltan zarpazos infranqueables
y se van.

Yamil Narchi Sadek

Posesión

Antes de ir al baño, antes de tomar su jugo de piña, naranja y nopal e, inclusive, antes de haber restablecido plenamente su conciencia, María Elena oprimió el botón para prender su computadora. Toda la noche había soñado con la historia que le gustaría contar, sus fantasías convertidas en cuento de hadas.

Sus dedos tamborileaban sobre el escritorio, desesperados ante la lentitud del encendido. Las palabras se agolpaba en su mente luchando por acomodarse hasta formar el sueño que quisiera vivir, pero el antivirus había vuelto lenta a la computadora y hacía las veces de carcelero literario, impidiendo que las ideas se convirtieran en lenguaje y fluyeran hacia su liberación.

Un rayo de luz se coló impune entre las persianas. Le daba de lleno a María Elena en los ojos, impidiéndole fijar la mirada en el monitor. Se paró a cerrar esa condenada rendija que le impedía su libertad de expresión y regresó decidida a escribir su historia.

No tuvo que abrir el procesador de textos. Por alguna razón, cuando se sentó enfrente del escritorio, todo estaba listo para comenzar a escribir. Un instante pensó en los caballos de trabajo, que si se les deja libre la rienda, recorren el camino conocido, pero sin preocuparse más de por qué se

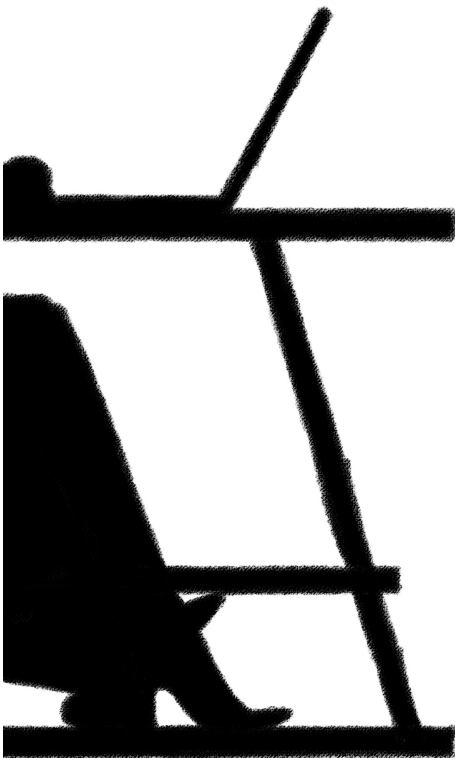


había activado por sí mismo el programa que siempre usaba para redactar, tecléo lo más rápido que pudo: “Había una vez un sapo refinado que se perfumaba todas las mañanas” y miró al monitor para confirmar que no hubiera tenido errores. En la pantalla sólo aparecía: “Antes de ir al baño, antes de tomar su jugo de piña, naranja y nop”.

Enfurecida, trató de borrar las palabras, pero cada tecla que ella tocaba seguía escribiendo: “al e, inclusive, antes de haber restablecido”. ¿Se trataría de un truco? Nadie tenía acceso a su computadora. Bueno, eso pensaba ella, pero uno nunca sabe. Alguien pudo haber entrado a su casa el día anterior mientras estaba en su clase de Yoga. Tenía que encontrar la forma de mecanografiar su relato. Un aparato electrónico no iba a poder más que una cuentista.

Intentó varias veces escribir acerca del sapo que había brincado en su mente durante mucho tiempo, el que, transmutado en príncipe, se convertiría en el compañero de sus noches de soledad, pero no importaba lo que teclara, la historia seguía escribiéndose por sí misma.

Cerró los ojos en un intento por no dejarse influir por las palabras que seguían apareciendo en el monitor al ritmo que marcaban sus dedos libres sobre el teclado. Con el rabillo del ojo, como en una escena de horror que no quisiera ver de lleno, leyó que estaba leyendo. Abrió completamente los ojos justo a tiempo para leer que los abría.



Tan pronto la asaltó la duda, ésta apareció escrita en la pantalla: ¿Quién cerró primero los ojos, María Elena o el personaje de la historia que se estaba escribiendo en la computadora? ¿Quién era el cerebro y quién el ejecutor? Tendría que pensar en eso. Por el momento, no tenía tiempo. Lo que le estaba sucediendo era fascinante. Su mirada viajaba del teclado al monitor y de regreso. Esos eran sus dedos, pegados a sus manos, definitivamente suyos, pero le estaban dando vida a palabras ajenas, que no salían de su interior sino de otra parte.

Sin pensarlo dos veces, oprimió teclas a toda la velocidad que sus dedos le permitían, dos teclas a la vez, tres, acordes, arpeggios, lo importante era la rapidez. Quería leer algo que todavía no hubiera hecho para no hacerlo, para poder estar segura de su libertad, de su poder de autodeterminación. No estaba dispuesta a permitir que una computadora la guiara en su vida, ni siquiera en un momento de confusión como ése.

Leyó sus reflexiones, sus pensamientos, nada del futuro. Sin embargo, mientras más leía, más fascinada estaba con este espejo cibernético literario que la reflejaba en sus actos, aún en los más triviales.

Poco a poco, sus dedos fueron tomando un ritmo pausado, como el de un latido tranquilo. Para ese momento, María Elena ya había perdido todo el interés por escribir una fantasía. Sólo oprimía teclas para seguir leyendo mientras se contemplaba a sí misma hasta que llegó a la palabra “final”.

Entonces cerró el procesador de textos y leyó en la ventana que había quedado al descubierto: “Virus encontrado: Posesión”.

En ese momento, se abrió de nuevo el procesador de textos y María Elena no tuvo más remedio que seguir leyendo.

María Elena Sarmiento

Cenizas

La pira que Laksmana había alzado ardía con las lenguas del Yama. Frente a las huestes divinas y filas interminables de guerreros caminó a su juicio autoimpuesto, pero él no se movió para detenerla. Un año de secuestro casto no le fue suficiente prueba de fidelidad. A él, a quien su pueblo llamaba el mejor de los monarcas; a él, que seguía ciegamente el deber; a él, a quien ella había entregado su existencia con devoción hacía tanto tiempo.

Las dudas de su esposo animaban las llamas con el eco de su discurso terrible, y dentro de sí misma se agitaban las voces del pasado. Se arrojó con la esperanza de que el velo de lágrimas que le cubría la cara no calmase el furor del fuego, y una vez dentro del incendio, aguardó en silencio su último suspiro. Buscó dentro de sí el perdón del Supremo, pero no encontró el silencio redentor: se castigaba demasiado con las malas decisiones que había tomado, y en su garganta se anudaban los catorce años de destierro en la selva.

Entonces maldijo el día en que abandonó la casa de su padre en brazos del vástago de Ragú. En su mente volvieron a resonar las advertencias de Djanaka, y frente a sus ojos negros se personificó la Discordia misma. Su sonrisa retadora la volvió insensible, y el fuego dejó de quemarle la carne. El recuerdo, sin embargo, prevalecía: le carcomía las entrañas con la imagen de Rama desconociéndola, y en sus suspiros se resbalaba la añoranza del hombre del que se enamoró. Todavía podía escuchar sus palabras, en los primeros días de destierro, cuando aún reconocía en ella una esposa:

¡Mira, mi bella amada! ¡Mira cómo la naturaleza nos ha preparado en las orillas del Mandakini, al pie de cada árbol, camas bordadas de flores!¹

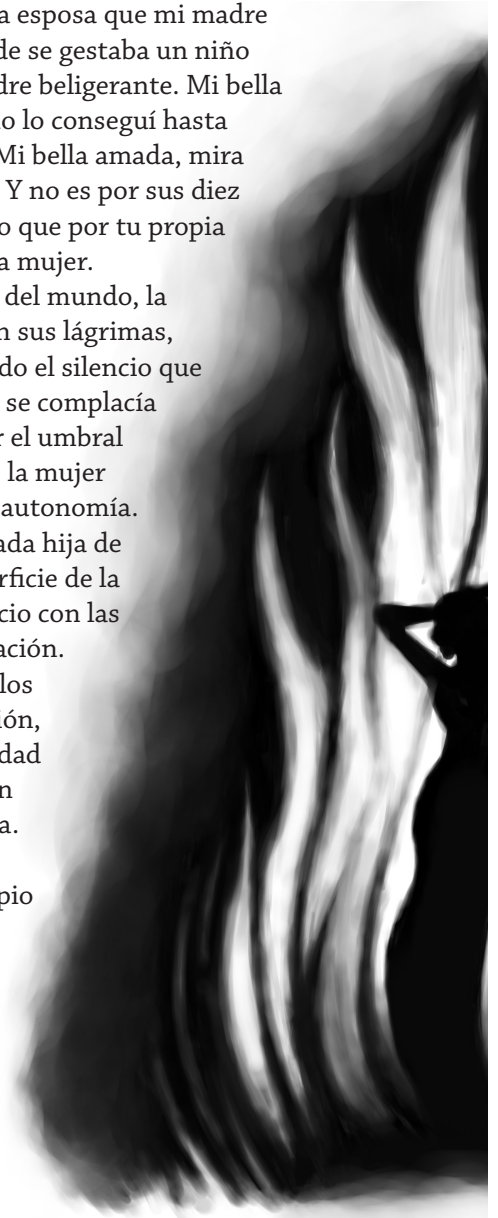
Mi bella amada. Tuya fui y por ti me desnaturalizo, el mejor de los hijos de Dasarata. Tu naturaleza te obligó a seguir las órdenes de tu padre desfallecido, y la mía me forzó a seguirte. Entré en la selva con la misma devoción que entré a Adyoya la primera vez:

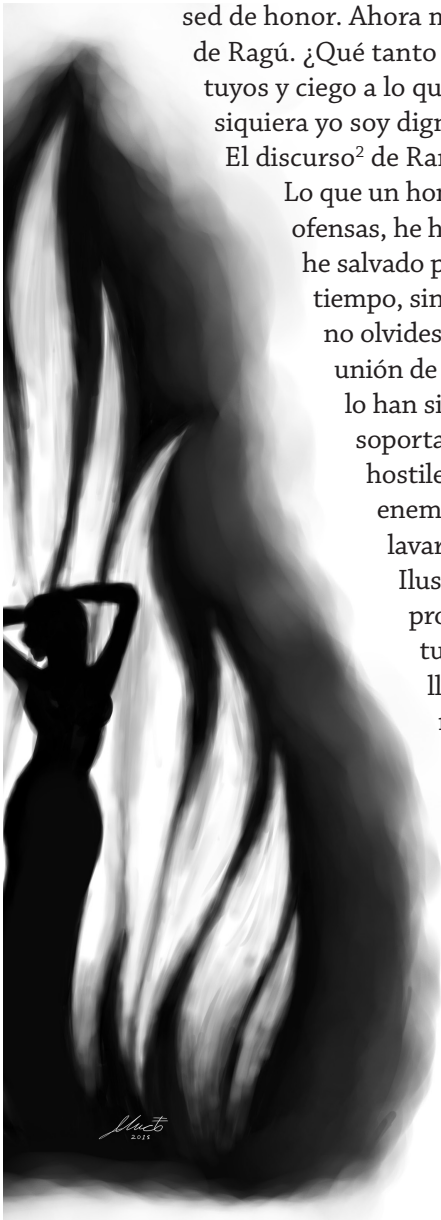
¹Tomado de El Ramayana, página 46

queriendo agradarte y esperando ser la esposa que mi madre nunca fue. Busqué un hombre en donde se gestaba un niño apenas, enajenado por la voz de su padre beligerante. Mi bella amada. Busqué fuego en el Ganges y no lo conseguí hasta encontrarme con el demonio mismo. Mi bella amada, mira lo que la naturaleza nos ha preparado. Y no es por sus diez cabezas que ahora ardo frente a ti, sino que por tu propia mirada gélida que no ve más en mí una mujer.

Y con estas maldiciones se alejaba del mundo, la vista borrosa por el reflejo del fuego en sus lágrimas, repitiéndoselas como matras, esperando el silencio que no llegaba. Ni siquiera el Fuego, quien se complacía en ser su amigo querido, osó traspasar el umbral flamígero: era tal la desesperación que la mujer irradiaba, que las llamas ejercieron su autonomía. El aliento entrecortado de la infortunada hija de Djanaka inflamaba con ahínco la superficie de la pira, hundiéndose en su propio sacrificio con las manos sobre el pecho, a manera de oración.

Desobedecí la voluntad del rey de los raksasas para no violentar nuestra unión, pero tus ojos no ven más allá de la verdad evidente. Eres guerrero, sí, y matas con los brazos adiestrados en esa disciplina. ¿Pero qué me dices del clamor de tu gente? Negaste las plegarias de tu propio pueblo para cumplir con una condena que no te correspondía, y dejaste toda la responsabilidad a tu hermano. Bharata, quien organizó a las mujeres de Adyoya y a los ancianos más antiguos. Los hombres de la ciudad caminaron en vano tantos días para verte: los despreciaste en tu





sed de honor. Ahora me pregunto si te lo inventaste todo, hijo de Ragú. ¿Qué tanto te mereces la gloria, si eres sordo a los tuyos y ciego a lo que va más allá de tu campo de visión? Ni siquiera yo soy digna de tu misericordia.

El discurso² de Rama corría por su piel de loto:

Lo que un hombre está obligado a hacer para lavar las ofensas, he hecho yo, y por esto te he reconquistado: he salvado pues, mi honor. ¿Qué he sido todo este tiempo, sino un objeto para tu divertimento? Pero no olvides una cosa: ¡los trabajos y las fatigas que en unión de mis enemigos he soportado en esta guerra, lo han sido por rencor, señora, y no por ti! ¿Los soportaste tú, o fueron otros, bajo tus órdenes hostiles? Te he reconquistado, en las manos del enemigo, en mi cólera, para salvar mi honor y lavar la mancha vertida sobre mi ilustre familia. Ilustres. Ilustres ellos, que te expulsaron de tu propia tierra. Los que profirieron injurias en tu nombre: injurias que no soportarían, y los llevaron a la muerte después. Cobardes, y no ilustres, es lo que son. Tu presencia me es enojosa, como lámpara que se mostrara a intervalos ante mis ojos. Mi bella amada, mira lo que la naturale... Vete, pues. Mi bella amada. ¡Yo te autorizo para marcharte; vete, djanákida, a donde te plazca! Mi año de destierro, no, secuestro, a tu lado, no, lejos de ti. ¡He ahí los diez puntos del espacio: escoge! ¿No te era tan imposible abandonarme como el sabio a su gloria?³ No hay nada en común entre tú y yo. Te seguiré a donde vayas. ¡Sin ti

²Tomado de El Ramayana, página 141

³Adaptado de un parlamento de Rama, página 41

no quiero habitar ni el cielo, lo juro por tu amor y por tu vida — no hay nada en común—, noble hijo de Ragú! Tú eres mi gurú, mi estrella, mi divinidad —entre tú y yo—; iré pues contigo, estoy resuelta. ¿Es digno de un hombre de noble familia, el volver a tomar la esposa, después de haber habitado ésta bajo el techo de otro hombre y cuando la duda ha empañado su alma?

Nunca, ni siquiera en idea, te fui infiel. Pensé que esta desdicha me daría muerte eterna.⁵ Te lloré con voz balbuceante de lágrimas, y ni siquiera te conmoviste al verme verter el alma en la isla maldita de los raksasas. Me prosterné ante ti, dasarátida. Mejor respondió a mi desgracia el dios del fuego, Agní, cuando oré en silencio antes de arrojarme en frente de niños, adultos y dioses. *Así como jamás he violado en público ni en privado, en acciones ni en palabras, en espíritu ni en cuerpo, mi fe dada al ragüida, así como mi corazón no se ha separado nunca del ragüida, protégeme, Fuego, testigo del mundo, protégeme.*⁶ Y fue más pronto a abrazarme que tú, que sólo eres testigo de tus propias glorias.

El Fuego respetó la penitencia de Sita, y hasta que calmó su clamor iracundo, incendió los vestigios de desgracia en su alma impoluta. Entonces, el Ser de Infinito Esplendor—que existe por sí mismo, y que sabe ver más allá de todas las cosas—, se dirigió al vástago de Ragú de la siguiente manera:

Escucha la Verdad, kakútstida, joh, tú, en quien la fuerza no ha sido jamás desmentida! (...) Tú eres la mansión de la verdad; tú has vivido en el comienzo y en el fin de los mundos; pero se desconoce tu principio y tu fin. Si has encarnado aquí abajo en un cuerpo, es para producir la muerte de Ravana. Es, pues, gracias a nosotros por quienes has realizado esta hazaña. (...) He ahí a tu esposa, Rama. Recíbela pura, sin tacha y sin mancha, yo te lo aseguro. El Fuego ve todo lo que se manifiesta y todo lo que se oculta.⁷

Entonces, Agní se encarnó en un cuerpo, y cargando a la mujer resplandeciente, caminó hacia el mejor de los hijos de Dasarata. El Fuego trasladó de sus brazos a los brazos de Rama a la joven, a

⁵Adaptación, nuevamente, de un parlamento de Sita, página 141

⁶Tomado de un parlamento de Sita, página 142

⁷Tomado del parlamento del Ser Infinito Esplendor, página 142

la bella, a la prudente videana (...), resplandeciente, semejante al Sol niño.⁸ Cuando tuvo a su mujer entre los brazos, algo dentro de Rama se movió —y entonces, experimentó algo similar a la culpa. Balbuceó un discurso sobre cómo sabía que su mujer era inocente —yo ya sabía que la hija del rey Djanaka no había dejado de amarme y serme fiel— y sobre por qué era completamente necesario que el rito fuese llevado a cabo frente a las legiones terrenas y celestiales — ¡No! ¡Sita no puede entregar su corazón a otro, lo mismo que el esplendor no puede divorciarse del sol!⁹ Pero cuando Sita abrió los ojos, negros, como las profundidades del Océano, el magnánimo hijo de Ragú no pudo verse reflejado en la luz de su mirada. Sólo encontró las cenizas que quedaban del incendio, nada más.

Andrea Fischer

⁸Valmiki, página 143

⁹Parlamento de Rama, página 143

Coba Palomar

Los días previos a la quincena se parecen mucho, aunque conforme pasa el tiempo y se incrementan las deudas, se multiplican las obligaciones, la opresión en el pecho sube de intensidad y el sudor frío es más abundante. El día de corte de la tarjeta de crédito coincide con el de cobro de nómina. Antes el cheque le alcanzaba para cubrir los gastos y ahorrar un poco, ahora apenas ajusta para hacer el pago mínimo del estado de cuenta. Un mínimo que cada día crece más. No ha podido reducirlo.

Encima del escritorio, en el pequeño cubículo que ocupa en la escuela, hay recibos pendientes de pago: gas, energía eléctrica, teléfonos —móviles y fijos—, seguros —del auto, de gastos médicos—, hipoteca, mensualidad del auto que compró en abonos y muchos más. Todo eso de lo que ya ni se acuerda que compró y que de todas formas tiene que pagar. Por suerte, la colegiatura de sus hijos no es problema, es una prestación por trabajar ahí. De no ser por esa facilidad, los chicos tendrían que asistir a una institución pública como a la que ella fue. Pero, ¿quién puede prever una enfermedad así?

El timbre del teléfono celular suena una vez más. Es el enfermero que cuida a su madre. Contesta con resignación, ya no puede seguirse negando, ya es imposible seguirse ocultando. Suspira y escucha lo que ya sabe: le debe lo de la quincena pasada y lo de la que está por vencer, además ya no le fían en la farmacia la medicina que

tiene controlada a la mamá. Coba Palomar trata de bromearlo para que se le baje la molestia y logra el efecto contrario, se gana una amenaza: o paga o me voy. Se compromete a pagar, no sabe cómo, pero lo hará.

Cierra los ojos. No quiere ver el reflejo que se desprende del cristal de la ventana frente a su escritorio. No le gusta verse tan flaca, tan despeinada, tan descompuesta. Se pasa la mano por el pelo y suspira. Cada vez son más mechones los que está perdiendo. Respira y cuenta despacio, uno, dos, tres... Abre los ojos. Descorre el cajón y toma el tubo de labios. Se pinta la boca de rojo y encara la imagen del vidrio. Sigue sin gustarle la imagen. Las cosas no deberían ser así. Cumplir con marido, casa, hijos y madre enferma debería ser menos difícil.

Desde que consiguió el trabajo en la escuela, se imaginó que todo iría como una escalera en ascenso. Sus hijos gozarían de amistades maravillosas, Calo sería estrella en el basketball y Marijó bailarían ballet, además promocionaría sus terapias psicológicas. Su consultorio estaría a reventar con niños problema, padres consentidores y madres agobiadas por la culpa. Se olvidaría para siempre de los años en que para mantenerse, su mamá tallaba los baños de ese lugar y ella envolvía regalos en la papelería de enfrente. Ahora ella sería la cliente de la tienda en la que sirvió por años.

Recuerda con nostalgia esos días en los que tramitó la tarjeta de crédito, en los que compró ropa para que ella y sus hijos estrenaran el primer día de clases. Trajes sastre de sacos largos y pantalones bien cortados.

Vestidos, faldas, blusas, zapatos que se pagaría en cómodos pagos a meses sin intereses. Adquisiciones que se fueron repitiendo mes con mes. Estar en una escuela de ese nivel tiene sus exigencias y para Coba Palomar era importante estar a la altura. Jamás contó con que la enfermedad de su madre avanzaría tan rápido y le demandaría tanto.

El sueño del camino ascendente pronto empezó a desdibujarse, los baches que ella no calculó, eran profundos y los alumnos eran niños mimados que se burlaban de ella y de sus hijos. Ahí la escalera se tornó en un espiral de descenso. Al menos eso se leerá en el expediente que integrará el Agente del Ministerio Público. Mientras más burlas de los estudiantes, más compras. A cada rechazo, un nuevo aparato electrónico para igualar a los chicos de la escuela. La esperanza de pagar medicinas de marca en vez de genéricas se convirtió en un anhelo amargo.

La ilusión de ir a trabajar se convirtió en el tormento cotidiano que iniciaba al abrir los ojos por la mañana. Las consecuencias de tener un solo baño en casa originaba pleitos entre los hermanos y que ella llegara siempre con el pelo mojado a trabajar. Los chicos se burlaban de la psicóloga de la escuela no se peinaba, no se arreglaba y que andaba siempre arrugada y mal abotonada. La directora de la escuela la reprendía en forma severa cada que la encontraba pintándose en el baño de la escuela y el prefecto de secundaria siempre abogaba por ella.

Sin embargo, la pesadilla del trabajo no se restringió a burlas

irrespetuosas de adolescentes. Eso era un problema menor. Los alumnos tienen severos problemas de alcoholismo, de desórdenes alimenticios, de automutilación y de comienzo temprano en la vida sexual. Al principio se frotó las manos, se paseaba por los pasillos prospectando clientes. Imaginaba la sala de espera del consultorio llena, haciendo fila para entrar a verla. La gente aún no llega, no le tienen confianza. No la quieren.

Pensó en hacer un círculo de pláticas para padres de familia y así promoverse. Pocos asistieron, luego nadie se apareció. Intentó, con autorización del prefecto, que las pláticas fueran obligatorias y si los padres no asistían, se vería reflejado en la boleta de calificaciones del estudiante. Ahí se ganaron la primera amonestación por parte de las autoridades escolares. Los dueños de la escuela pensaron en despedirla, pero el prefecto habló a su favor. Por suerte le dieron otra oportunidad. No se imaginaba lo que le diría su marido si le llegaba con la noticia de que ya no tenía trabajo. Lógico, Coba Palomar empezó a perder peso. La piel se le adhirió a los huesos, el pelo se le reseco y la mirada se tornó agría. También empezó a ocultarle información a su marido sobre gastos y montos de deudas. Sobre todo escondía las cuentas relativas a los cuidados de su mamá.

Calo y Marijó también empezaron a cambiar. Dejaron de ser los niños risueños que salían a jugar con los amigos de la vecindad para ser esos chicos que pasaban las tardes atados a una pantalla para subir fotografías haciendo

cara de pescados o avanzar al siguiente nivel del video juego. El marido le decía a Coba que eso no estaba bien. Coba guardaba silencio y escondía los estados de cuenta. Que no se entere que ayer tuvo que darle una propina al señor del servicio de luz para que no le quitaran el suministro. ¿Qué harían sus hijos sin Internet? Menos mal que todavía no le daba al casero lo del pago del mantenimiento.

Un hoyo no tapa otro. Cogía el dinero del gas para pagar el agua, el del plomero para evitar el corte del teléfono, sacaba de la tarjeta bancaria para liquidar el saldo mínimo de la tarjeta de crédito y las deudas eran fuegos pirotécnicos que estallaban uno tras otro en las narices de Coba Palomar. Para colmo, la enfermedad de la madre avanzaba con rapidez vertiginosa. Ya no se podía quedar sola, era peligroso: podía hacerse daño, salir a la calle y perderse u olvidarse de lo que acababa de suceder. Las medicinas caras, el sueldo del enfermero especializado en pacientes con alzheimer y ella sin tener de dónde más echar mano.

Claro que se distrajo. Por estar pensando en sus problemas, dejó de ver aquellos para los que fue contratada. Los chicos que se golpean en su presencia, ya no disimulan las conductas abusivas que muestran con los más débiles. Si la víctima se acerca a ella a denunciar, le dice que sea valiente, que este mundo no es para cobardes. Las palabras ofensivas ya son parte de la sonoridad del plantel y ella nada más escucha la voz interna que le dice que la bomba de su deuda está a punto de estallar.

El Agente del Ministerio Público no le interesará escuchar la historia de una mujer descontrolada que no pudo ordenar sus gastos. Él no disimula la indignación por las consecuencias de los niveles incontrolados de bullying y violencia de género en la escuela en la que ella firma como psicóloga responsable. No da crédito a lo que escucha. La mujer al querer justificarse, se asfixia sola. La declaración de Coba Palomar dice: “Ella se lo buscó, ella se llevaba pesado, ella es una grosera. Es una niña consentida que no sabe lo que es ganarse la vida.”

Ese día de quincena, tan parecido a todos los anteriores, tan igual que pudo perderse en los huecos que la memoria le hace a la cotidianidad, jamás se imagina que terminará detenida por la declaración de la madre de esa escuincla que falta al respeto a todo el mundo.

—Quiero denunciar a la psicóloga de la escuela y a quien resulte responsable. La denuncia es por violencia de género. Hay testimonios de muchos alumnos y amigas de mi hija que dicen que fue a pedir auxilio, que ella le decía Coba Palomar ayúdame, me quitó la credencial, me borró la cara con una navaja y puso con marcador negro: Puta. Ella la recriminó, le dijo que se lo merecía, que era su culpa recibir esos insultos por caminar de ese modo y que se las arreglara como pudiera, ella tenía muchos problemas.

El Agente del Ministerio Público compara las palabras de Coba Palomar con la fotografía de la niña golpeada. Agita la cabeza. Lo asombran los niveles de incompetencia y los pretextos para justificarla. Menos mal que esta vez sí hubo una denuncia.

Coba Palomar subestimó a la madre de esta niña de trece años. Nunca pensó que el amor de una madre se demuestra defendiendo los principios rectores y no comprando ropa y aparatos electrónicos. No imaginó que sabría de los Acuerdos del Milenio y de Equidad de Género. No la quiso escuchar, cuando fue a hablar con ella a la escuela. La recibió de mala gana. Se confundió, pensó que gritando y arrebatando la palabra estaba ganando la batalla cuando en realidad se enredaba más la cuerda en el cuello.

Los días previos a la quincena se parecen mucho, aunque hay hechos que marcan para siempre un día específico en el calendario. El día de corte de la tarjeta de crédito, el de pago en la escuela, el día en que llega la policía con una orden de arresto y te sube a una patrulla frente a las caras sorprendidas de alumnos, profesores, prefecto y directora de la escuela.

Encima del escritorio, en el pequeño cubículo de la escuela, hay recibos pendientes de pago de todo tipo: gas, energía eléctrica, teléfonos —móviles y fijos—, seguros —del auto, de gastos médicos—, hipoteca, mensualidad del auto que compró en abonos y todo eso de lo que ya no se puede ocupar y que de todas formas tiene que pagar.

Cecilia Durán Mena

Taller de lectura:



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO abre las puertas a su taller de lectura creativa, un espacio de pensamiento en el que se ponen en marcha las capacidades de comprensión de quienes tienen el anhelo de recorrer el camino que se dibuja en las líneas de un texto.

Creemos en la lectura, porque el interés genuino sobre un tema en particular es un factor de motivación para tomar un texto entre las manos y así aventurarse a recorrer con los personajes el camino dispuesto por un autor. En un taller, la motivación que impulsa a la acción de los participantes, es indispensable para que la lectura se desarrolle y no se interrumpa el impulso lector.

Entonces, considerando que la motivación está muy ligada a los intereses personales, las historias de vida, las inquietudes, los gustos, esta iniciativa se orienta al trabajo sobre textos elegidos previamente. El objetivo es crear una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

Informes sobre horarios info@porescrito.org

Egos & Genios

Se perdió la paz por el mundo y sin rumbo anda dando tumbos por laberintos confusos, buscando fuerzas y a pulso mostrándonos el futuro, sin más ladrillos, ni muros, ni recursos. La coexistencia del musculo con el intelecto lucido se ha convertido en un lujo, la senilidad y lo oscuro están cubriendo de impulsos hasta los huecos más profundos, el bienestar diminuto se mezcla sin disimulos; y los malsanos defectos, omiten hasta lo justo. – Y como dicen los medios, la guerra ha vuelto de nuevo, a tostar el pan de pueblos...

Y en contingentes de ciervos se baten en lados opuestos los productores de ingenios, los ingeniosos cuatreros y los ingenieros pérfidos. Y con los genios más soberbios destruyen lo que construyeron, nuestros contemporáneos y ancestros. Desaparecen los médicos, los artesanos y los maestros, a unos le faltan los huesos y a otros el cuerpo entero. Exportan riñas, ojivas y los





complejos más siniestros, que entre ideologías y credos nos imponemos.

Dios nunca ha estado más lejos que en la visión de este momento, los dictadores cuales perros sumen aún más a sus sujetos, predicando el país tierno, cuando en verdad no respetan sus derechos. El clima acabará por deshacernos y solo áridos suelos quedarán sin alimentos. Y si hacemos el recuento, si soplan polvo en el cielo, se dirá que si hubo tiempo lo malgastamos muriéndonos, en vez de vivir sonriendo, compartiendo un curso inedito.

– Haciendo que la Paz germine en semilleros y portándola en el pecho, para que no la olvidemos; y arengando cada día a ser sinceros, cultivando con amor nuestros recuerdos...

– ¡Y si hacemos el recuento, si soplan aires serenos, veremos que los humanos somos egos!

– Y que la vida nos acuerda, por decreto el entendernos, para conciliar nuestros deseos.

Tony Cantero

Juramento

El caballo se frenó de golpe. Comenzó a retroceder con pasos lentos, como si presintiera algo. El sigiloso paso del viento hizo sonar las campanillas del arnés. Las copas de los árboles se movieron de derecha a izquierda, formando olas. Rechinaron. Todo era tan solitario. Tan salvaje. La noche oscura, sin estrellas. Estaba totalmente nublado. El olor a tierra mojada le subió por todo el cuerpo. Tal vez estaría lloviendo en otra parte del bosque. Una leve llovizna le mojó el rostro. Apartó el mechón que se le pegó a la mejilla. Hincó las espuelas en el animal para que avanzara de nuevo. El animal se negó a obedecer. Lo fustigó con el látigo. Nada: sólo una expresión gutural. El animal clavó sus pezuñas al suelo terregoso. Su crin se erizó, como una fila de soldados derechos, bien formados. Decidió esperar a su compañero retrasado. Pasó saliva. Se aclaró la garganta. Sacó una botella con agua. Dio un trago. Escuchó los pasos del caballo de Joel. Venía al trote. Al llegar a su lado se detuvo.



- ¿Escuchaste?

- Nada.

- ¡Escucha! Por allá, entre los arbustos—señaló con la mano temblorosa y añadió—. Acabó de escuchar una voz.

- Imposible.

- Estoy segura. ¿Ves? Ahí está otra vez. Tienes que haberlo oído.

- No. No oigo nada. ¡Órale, quieto!—ordenó.

Los caballos comenzaron a reparar. Sacó una linterna. La encendió y alumbró en dirección que ella señalaba. La luz recorrió lentamente cada matorral.

- Te dije. Ahí no hay nadie. Vámonos. Es tarde. ¿Se te olvida dónde estamos?

- Espera....- Roberta buscó la mano de Joel. Necesitaba apoyo. Tomó aire.- ¿Qué quieres?— gritó a la oscuridad.

Joel la soltó.

- Vámonos, mujer. Te repito que ya es tarde.

- No, no es tan tarde. Lo que pasa es que está muy oscuro. Además



no me puedo ir así. Sin estar segura. ¿Qué no oyes?

Se bajó del caballo. Le entregó las riendas a Joel. Lo vio empuqueñecido dentro de su impermeable. Temblaba.

– Deja esto por la paz. Salgamos de aquí. Aquí no hay nadie más que tú y yo.

Caminó lentamente hacia a los arbustos, mientras Joel la alumbraba.

– Nuevamente... otro grito. ¿No te das cuenta? Es un lamento. Es tan claro. No puedes decirme que no. Yo te juro...

– Ya no jures.

– ¡Otra vez! Viene hacia nosotros. ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

La piel de Roberta se erizó cuando escuchó la respuesta. La voz era clara y fuerte. Tronó como una tempestad. Definitivamente no era su imaginación. Se volvió triunfante. Joel no se movió. Ella se llevó las manos a la cabeza. Este hombre es un cobarde, pensó.

– ¡Baja de ahí! ¡Ven para acá!

– No. Estás loca. Es tarde. Debemos seguir con nuestro camino. Ahí no hay nada. Yo ya me voy.

– Pero... te habla. Te busca a ti.

Con pasos furiosos se dirigió a Joel. Le arrebató la interna y camino rumbo a los arbustos.

– ¡Eres una necia! ¡No digas que no te lo advertí!

Roberta escuchó los cascos de los caballos que corrieron a todo galope. Se giró sobre sus talones. Miró en dirección al camino. Por ahí desapareció Joel con los dos caballos. Siempre lo supo, jamás lo quiso reconocer, se lo insinuaron pero se negó a creer. Quiso confiar. La realidad se le vino encima.

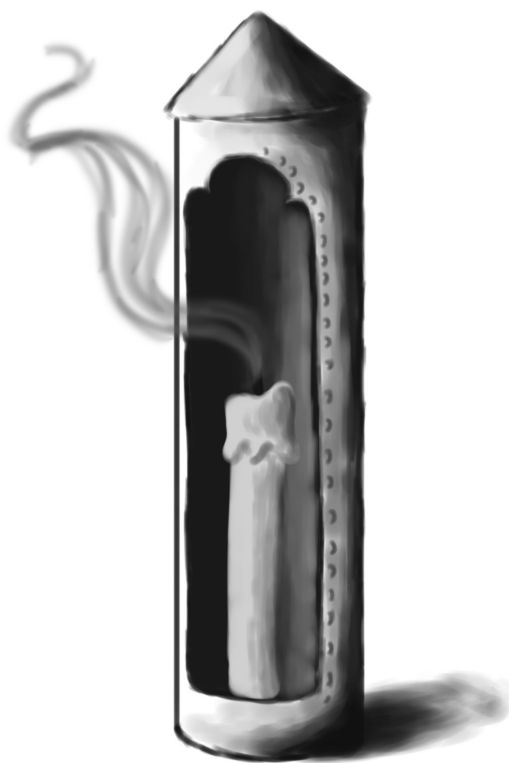
– Pero, te llama a ti. Te juro que te llama a ti –gritó aunque sabía que Joel ya no la escuchaba.

Fijó los ojos en sus pies llenos de lodo. Nunca en su vida se sintió tan sola. Tan mojada. Jamás en tanta oscuridad. La neblina la enredó.

Con pasos vacilantes se acercó a los arbustos. Los brincó. Nada. Se apoyó en un abeto. Se sentó. Se hizo ovillo sobre el barro. Lloró.

Con voz ronca siguió preguntando:
– ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?
Hasta que su voz desgastada se apagó.

Cecilia Durán Mena



En el anden...

Deseo al partir verte correr por el anden, saltar del tren mientras cae el atardecer. Volver atrás y oírte gritar, te seré fiel. Escuchar alto un no te vayas, te amare. Y contra ti chocar de frente tes con tes, dejar maletas en el suelo y por querer, besarte largo hasta que digas, se te fue. Y darte labios, lengua, plazos, renacer, hasta que aceptes, ser mi vida mi mujer.

- Y oírte pedirme quiero ser musa hecha miel, cuño plasmado, agua caliente, amanecer...



Deseo al partir, por si pedir puedo otra vez, que aquella carta que escribi se abra al ayer, que vuele años y te vea envejecer, que juntos demos corazón, sangre y papel. Trozos de encantos, peleas, casos, parecer, para aprender de los errores, nuestro bien. Y por si ser requiere un rato padecer, ver cual milagro la ilusión que en ti fundé, sin más desdén.

¡Y retirarnos abrazados del andén, con hombros, brazos, lado a lado, sin perder...!

– Dados las manos, diciéndole adiós al tren, hasta más ver.

Tony Cantero



El clavo de fuego

(...abre los ojos...)

Abro los ojos y los dirijo hacia la ventana, sin moverme. Ahí está la noche, sigue estando. Respiro profundo y los vuelvo a cerrar. ¿Vuelvo a dormir?

(...abre los ojos...)

¿Oíste eso? Me hizo abrir los ojos. Ahora por la ventana asoman unos reflejos rojizos. Anuncian que llegó el día: hora de levantarme y comenzar a vivir. Me levanto.

Tengo la sensación de seguir dormida. Voy al baño. Hay algo en el aire, no en el que respiro sino en el que me rodea. Me lavo los dientes. Parece una realidad atmosférica diferente en el mismo mundo de siempre. Qué raro. Me visto y salgo a la calle.

Afuera ya hay sol y calor. Parece mediodía.

¿Qué hora es? Mientras camino revuelvo en mi bolsa para encontrar mi teléfono. No lo encuentro. Me detengo para buscar mejor (mi bolsa está llena de cosas) ¡Me parece que ya lo encontré! Lo tomo en mi mano y al levantarlo veo reflejado en la pantalla, un hombre que me mira fijamente y que no conozco... lo suelto como si contuviera un demonio. Lo vuelvo a agarrar y el teléfono está igual que siempre. Me siento inquieta. ¿Aluciné?

Este día ya se anuncia un poco extraño.

Empiezo a caminar y enfilo hacia la plaza; quiero respirar un poco de aire antes de encarar el día. Llego a la pequeñísima plaza de la Romita y miro la fuente. ¿No hay sonidos? ¿Ningún sonido?

(...si hay, escucha...)

Un poco perturbada me levanto para salir de ahí, decidida a enfocarme en cosas mundanas. Camino hacia una de las calles que llevan hacia afuera del antiguo pueblo de la Romita, pero el trayecto que había recorrido se volvió algo diferente.

Esta vez la calle era más blanca, y terminaba como una cerrada, en una casa con muchas ventanas enrejadas. Adentro, varias mujeres sentadas con cara de resignación, se mantenían quietas y en tétrico silencio, incapaces de desafiar una implacable orden que flotaba sin sonido. Presa del miedo, quise escapar corriendo hacia la única puerta. La cortina metálica comenzó a bajarse.

Una mujer con el pelo mal arreglado, un corset desvencijado, minifalda y unas medias rotas, había apretado el botón para bajar la reja automática. Con cara indiferente y la pintura corrida pareciera que le daba lo mismo si me quedaba o si me iba. Ella sólo tenía que hacerlo y lo estaba haciendo. No sentía pena, dolor, alegría ni ningún otro sentimiento, sólo hacía maquinalmente lo que se le había encomendado.

Con cuatro pasos largos avancé hacia la puerta. Quedaban unos 20 cm para que terminara de bajarse la Cortina, así que me lancé de panza como en las películas. Cuando la tomé con mis manos me di cuenta de que era de un aluminio tan blando que pude doblarla sin dificultad, aún a pesar de que tenía vidrio.

Salí arrastrándome y la mujer ni siquiera volteó a verme. Subí los tres escalones de la entrada y volví a estar en la calle. Me urgía alejarme de allí.

Tenía miedo de que me volvieran a meter y ya no poder salir.

Afuera, la calle había vuelto a cambiar. Vendedores ambulantes vociferaban, boleadores buscaban clientes con zapatos y las doñas freían garnachas de dudosa pulcritud. Estaba por atardecer y había un murmullo sordo que otorgaba una sensación muy extraña al momento y lugar. Parecía embrujado. ¿Seguro era la misma calle? Parecía, era casi igual, pero entonces ¿no estaba amaneciendo?

Me volví a parar al centro de la plaza y decidí tomar otro camino. Este se estrechaba a los pocos pasos y conducía a una casa donde había -otra vez- sólo mujeres. Algunas eran viejas, otras más jóvenes, todas ellas morenas excepto una que era muy blanca y tenía una mano inmovilizada.

(...para poder salir tienes que encontrar el Clavo de Fuego...)

El Clavo de Fuego era el que le inutilizaba la mano; se lo habían clavado en su niñez y desde entonces nunca había podido moverla.

Me lo voy a llevar, le dije y ella, sin decir una palabra, me ofreció su mano. Nos vamos adentro de la casa, tras el patio de entrada. Ahí, como quien quita un clavito de la pared, igual de fácil le quité el clavo de fuego de su mano. Contrario a lo que suponía, el clavo no quemaba. No sabía por qué se llamaba Clavo de Fuego ni tampoco sabía cómo habría de utilizarlo. Lo único de lo que estaba segura era de que tenía que tenerlo yo.

A la chica no le quedó ninguna cicatriz: nadie

se hubiera percatado del detalle, excepto porque su mano ya podía moverse. Pero ella seguía aparentando que estaba paralizada. Traspasamos el patio y al llegar a la salida había un hombre muy pálido, con muchas cicatrices en la cara (un acné adolescente asesino) Enfocó sus intensos ojos negros en la chica y ella quedó inmóvil.

Era claro que él sí notó el cambio, pero ella seguía fingiendo que todo era igual, mientras él trataba de descubrir qué parte de su alma se había vuelto libre.

Que él ignorara mi presencia, me permitió salir corriendo con el Clavo de Fuego en mi bolsillo. Ahora sí sentía que me quemaba aunque nadie podía verlo ni notarlo. Todas las presentes guardaron silencio y él seguía tratando de adivinar dónde estaba la diferencia.

Una vez afuera, volví a la plaza conocida y desconocida al mismo tiempo. Esta vez tomé otro camino: este me llevaría al metro que por fin me permitiría salir del laberinto. En ese camino había ya mucha gente, todos amontonados, todos con ese ruido silencioso, empujándose unos a otros pero sin mirarse, sin ayudarse.

Me metí al túnel y bajé 4 o 5 escalones junto con toda la masa de gente, como si fuera metro las seis de la tarde de un viernes. Sentí que alguien me seguía: era un hombre joven moreno y delgado a quien no conocía y al mismo tiempo sentía conocer. El temor me hacía huir. Lo desconocido me aterraba; lo conocido de ese desconocido me aterraba aún más.

(... Llévatelo afuera...)

Tengo que llegar al primer entrepiso. A codazos me sumergí en el gentío y me precipité más hacia abajo. le pregunté a alguien y me decía que los andenes estaban ahí, a unos pasos, muy cerca. Ansiosa por llegar, seguí corriendo. No me sentía agitada y aunque sí estaba atemorizada, el Clavo de Fuego en mi bolsillo me daba una extraña seguridad. Mi motivación era un poco el miedo y otro poco este extraño encargo de llevar el clavo, hacia fuera de esa ergástula.

El camino se volvía cada vez más y más y más oscuro y me da mucho miedo. No sólo era oscuro, el aire era irrespirable, el piso estaba húmedo y barroso. Y aunque una calle no tiene techo, había algo que me hacía sentir aplastada. Como una calle en perspectiva: la única forma de entrar era volviéndome muy pequeña, pero como no lo lograba, sentía la asfixia y la opresión de ser muy grande para un lugar que se achica. Tenía que apurarme para salir, de lo contrario quedaría atorada en la cabeza y en los pies, y la cadencia silenciosa del lugar parecía tan mecánica como indetenible.

Me di la vuelta. La salida se veía cerca pero me era difícil aprehender la distancia exacta. Por más que avanzaba hacia allá, seguía estando lejos. ¿Seguro que era el mismo lugar? Seguí y seguí caminando durante un tiempo y espacio que, o era demasiado rápido o demasiado lento.

Después de un rato yendo hacia la salida, cuando estaba pensando en rendirme, me encontré en el último paso antes de salir. Decidí darlo con la certeza de que había superado una prueba.

No sabía que más me esperaba allá afuera; ni siquiera sabía si estaba en la misma tierra en la que me había parecido amanecer.

(...shhhh, no les cuentes el final...)

Cintia Neve

Taller de escritura creativa:



POR ESCRITO abre sus puertas al taller de escritura creativa, un espacio de creación literaria en el que los alumnos asumen un papel activo y protagonista y los docentes promueven la autonomía de los alumnos y brindan elementos de análisis intelectual y social más allá de la puntualidad de los temas abordados en el programa.

Este modelo de aprendizaje que propone fomentar la creatividad como herramienta de creación más que de técnicas y estrategias, fundamentalmente de los deseos que impulsen esa necesidad de escribir.

Informes sobre horarios info@poescrito.org

La verdadera enfermedad de los zombies

El neurólogo francés, Jules Cotard, descubrió en 1890 el hoy llamado Síndrome de Cotard, originalmente llamado delirio de negación (más tarde, delirio nihilista). Este desorden neurológico y/o mental ha adquirido notoriedad actualmente pues quienes lo padecen se convierten en “zombies psíquicos”, es decir, se asumen muertos vivientes, y en casos más críticos, creen estar rodeados de otros tantos. El doctor Cotard descubrió que estos síntomas tenían lugar después de alguna depresión severa, generalmente producida por la pérdida de un ser amado, o shock traumático relacionado con un accidente o circunstancia cualesquiera en la que el paciente haya estado a punto de perder la vida. Se ha comprobado que quienes padecen el síndrome de Cotard, hablan incesantemente de una ausencia de funciones de sus órganos internos. Afirman incluso estarse

podriendo y hasta pueden describir el olor pestilente que desprenden pero, claro, solo ellos pueden percibir. Las alucinaciones olfativas llegan a ser tan tenaces como lo son las alucinaciones visuales y auditivas en un esquizofrénico, razón por la cual se ha llegado a relacionar un mal con otro. Hay registro de varios casos en la actualidad, de personas que tras recuperarse de algún accidente o alguna convalecencia prolongada por enfermedad, experimentan, en estado de lucidez absoluta, la sensación de estar en el infierno –nunca ocurre lo contrario, es decir, sentirse en el paraíso- y la certeza de estar pagando alguna culpa, lo que incluye la clara sensación de padecer torturas. Estos pacientes no necesariamente practican alguna religión o son creyentes. Especialistas actuales señalan el síndrome de Cotard como una forma extrema de la clásica –y mucho

más común- hipocondría, es decir, el padecimiento de aquellos que creen adquirir cualquier enfermedad que se nombre o manifieste ante ellos. Gracias a las actuales modas mediáticas, según un reportaje de la revista New Scientist, casos muy recientes de este síndrome se autodenominan “zombies”, y lo más insólito es que estudios

practicados sobre dichos pacientes confirman una distrofia cerebral en las zonas conectadas a los sentidos del gusto y del olfato, así como un estado muy similar al de las personas que se encuentran bajo los efectos de la anestesia. Varias de estas personas, aún presentando todos estos síntomas, son perfectamente funcionales.

Eve Gil



El guardia

Era otra vez aquel guardia de seguridad del Starbucks Costa Azul. No me quitaba los ojos de encima. Traté de evadir su mirada hundiendo mi cara en las páginas del libro que había llevado para distraerme un rato. Estaba de visita en Acapulco, para pasar unos días con mi madre. Cada dos semanas solía empacar una maleta ligera y tomar el autobús, siempre con el mismo propósito: sentarme junto a ella, y ver las telenovelas de la tarde. La rutina había iniciado luego del fallecimiento de mi padre. Estuve con él justo en el momento en el que partió. Salí de la habitación, afligido. Mamá estaba en la silla de la esquina, junto a la puerta que da a la alberca, con los brazos apretados alrededor de sí misma. ¡Ahora sí ya me quedé sola! Gritó, enrojeció, arrugó los ojos, y esa fue la primera vez que la vi llorar sin lágrimas. No, mamá; no vas a estar sola, te lo prometo. Yo voy a estar contigo.

Acepté el compromiso sin saber que sería una tarea que iba a cambiarme en todos los aspectos. Uno de los retos era el calor intenso; no me dejaba pensar ni concentrarme en nada. Me preguntaba cómo le harían autores como Faulkner para crear en condiciones así de extremas. ¿O es que el cuerpo se transforma en lo que se enfoca el pensamiento, y se adapta? El mío no, por lo visto. Aquella cafetería tenía un aire acondicionado tan potente que en ocasiones me era necesario llevar algo para taparme. El lugar era idóneo, con la salvedad de que cuando era temporada alta, se atiborraba de turistas y se convertía en un desastre. Sin embargo, al comienzo, solo ahí mi pluma era capaz de verter un par de líneas coherentes, satisfactorias. Pero al cabo de unos meses, nada. Para cuando ocurrió el incidente, llevaba casi un año sin escribir. Es difícil de explicar lo duro que puede ser un bloqueo de ese tipo. Creo que es como si uno fuera una herramienta que no puede realizar la tarea para la que ha sido creada. El paso de los días es angustiante.



Llevaba varios fines de semana sintiéndome incómodo por la presencia de ese guardia. Nunca dije algo porque no quería meterme en problemas con nadie en mi refugio. ¡No iba a perder eso también! Opté por probar otros horarios, pero resultó inútil. Parecía como si él estuviese siempre ahí o como si supiera con exactitud el minuto del día en el que yo iba a ir. Esa vez se aproximó para preguntarme el nombre del libro en el que estaba ensimismado. Me había visto mientras anotaba algo en mi libreta, y quería saber si yo era o no un escritor. De la nada siguió hablando conmigo, de pie, junto a mi mesa, y mi temor y molestia empezaron a evaporarse con los minutos. Pronto descubrí que ese hombre tenía un talento inusual para los idiomas y que su memoria era espectacular. Habló conmigo de Literatura, Psicoanálisis, Religión, Filosofía y Matemáticas. Expuso entonces algo que llamó su teoría del meta-Lapso. Estaba convencido de que podría explicar por qué todo parece cíclico, desde las piedras hasta los seres vivos más complejos. Su tesis era que el ciclo mayor siempre va en sentido inverso al inferior. Una banda de Möbius que descansa sobre otra, luego esta sobre otra más, y así sucesivamente; tal hipotética botella de Klein estaría por tanto compuesta de una interminable serie de capas, separadas solo por el poder del tiempo. Me dijo que tenía en su casa los diagramas que lo comprobaban y que la verdadera belleza estaba en los números de quien según él, era el matemático infinito.

Salió a la calle. Alguien le gritó que no podía irse aún. No le importó. Corrió para cruzar la Costera. La tela sobre su espalda reventó; le había explotado la camisa. Dos masas plateadas se extendieron hasta mostrar sus plumas, las puntas de las alas abiertas como dedos. Se elevó con un solo impulso, y creí que daba un paso en el aire cuando desapareció en el cielo. Todos lo vimos, pero creo que —sin decirlo en voz alta— hemos convenido no mencionarlo jamás. Todavía bebo rutinariamente mi café en esa mesa, con una libreta en blanco y mi pluma. Concibo un día en que, cuando él regrese, yo estaré listo.

Daniel de la O

Taller de apreciación artística:



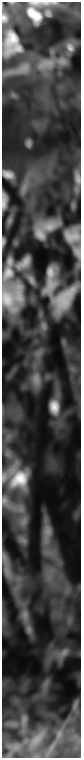
POR ESCRITO abre sus puertas al taller de apreciación artística, un espacio para observar en el que se obtendrán los elementos estéticos para estimar una obra artística, lo mismo una pintura, una escultura, una pieza de música, un texto. Se abordan las diferentes corrientes y se dan las bases para clasificar cada expresión artística según su época y tendencias.

Informes sobre horarios info@porescrito.org

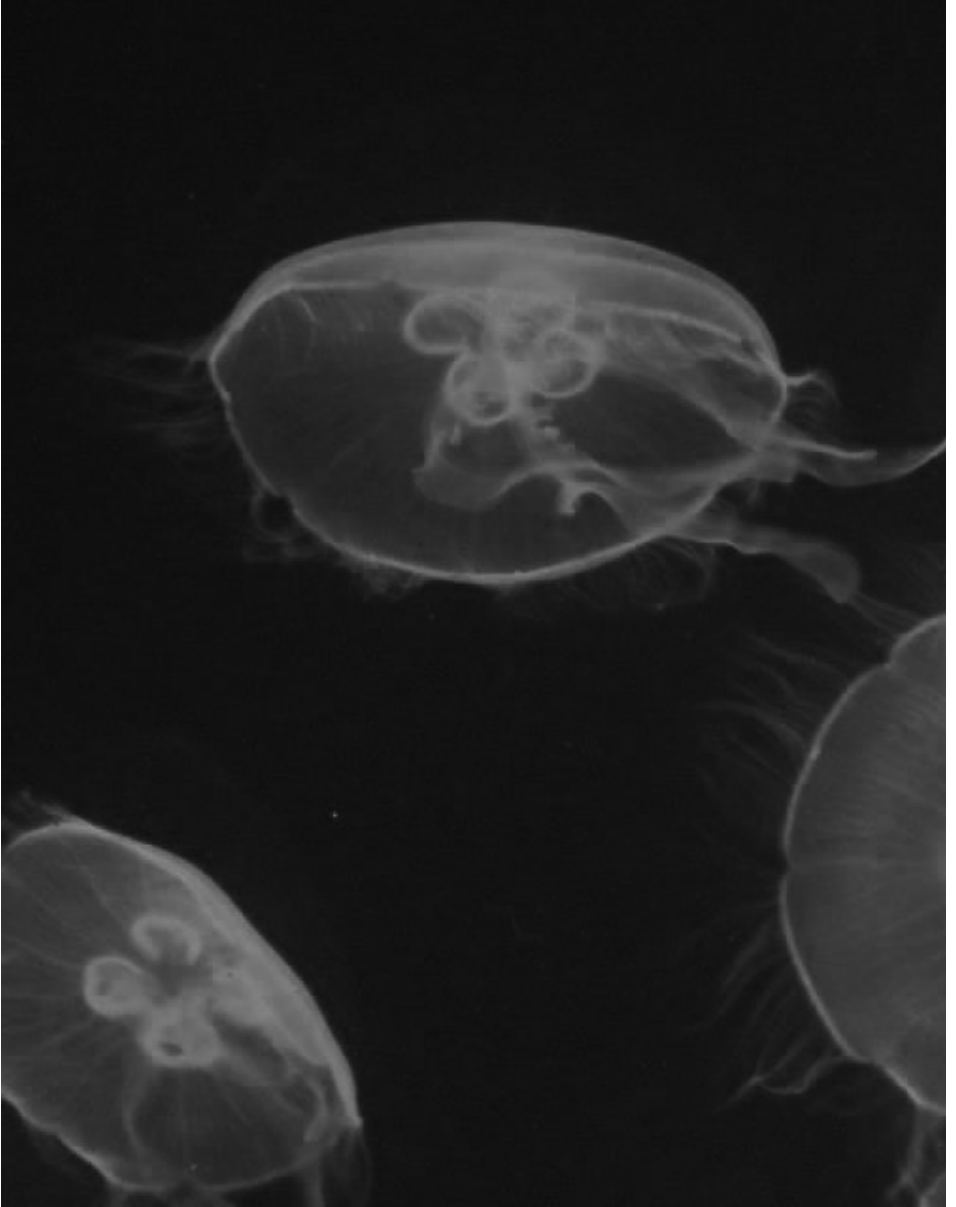


Daniela Fischer Durán

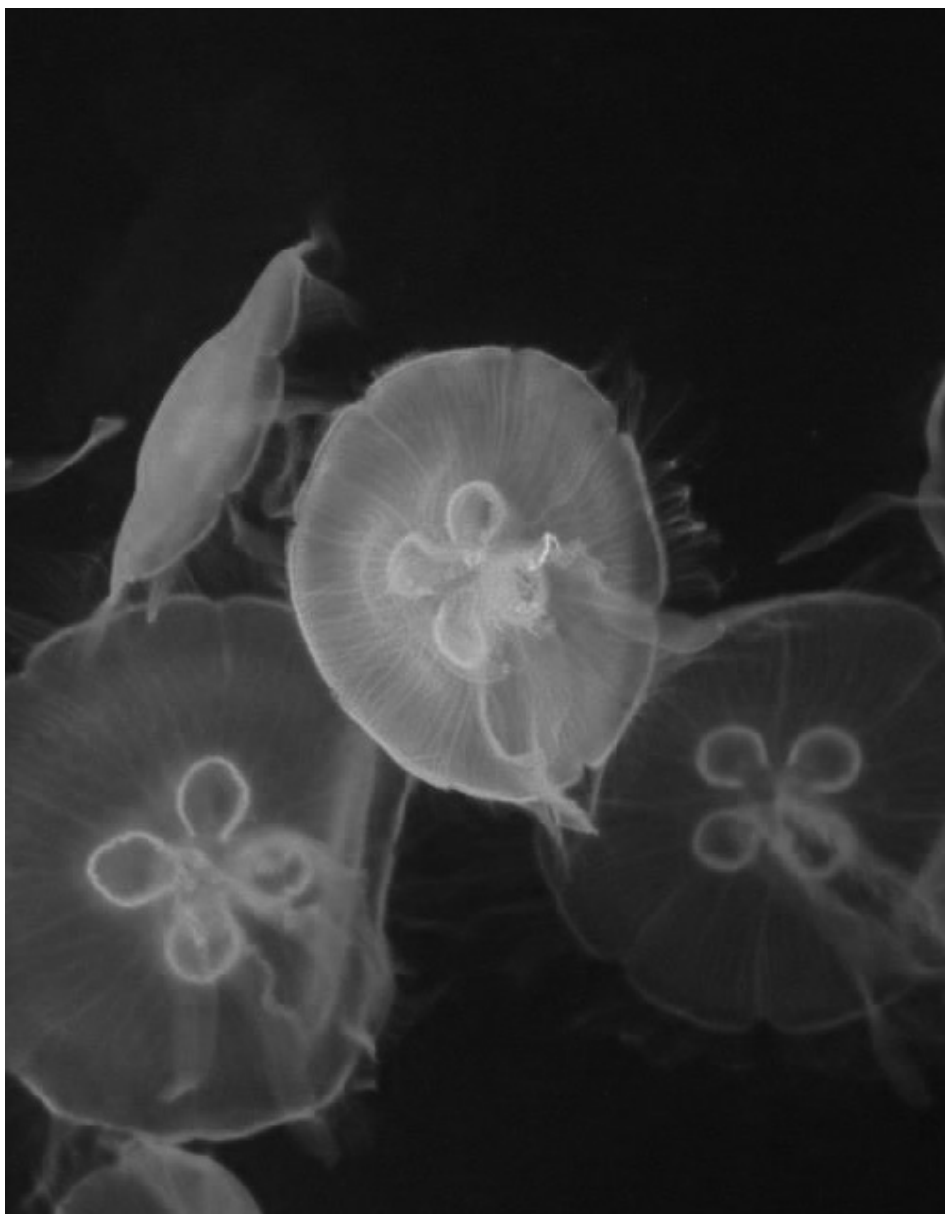
Daniela Fischer Durán



Imaginário



Misaki Matsuda





Misaki Matsuda

Misaki Matsuda



Imaginário

61



Santiago Delgado



Cursos de capacitación en temas de:

Alta Dirección

Administración

Sociedad y Humanismo

Finanzas

Comercialización y Logística

Emprendimiento

Informes: cduran@mirra.cc



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
andrea@porescrito.org

Portada y diseño editorial

Erik Daniel Alva Pallares
erikalvapallares@gmail.com

Digital

www.porescrito.org


Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito  es una revista bimestral. Número Cero. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido en trámite. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F. Impresor: Alfagraf S.A. de C.V. Francisco Olaguibel No. 119 Col. Obrera, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06800 México, D.F. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.